

ALGO MAS SOBRE LA NOVELA ACTUAL

por MIGUEL DELIBES

HABLABA días pasados de la evolución de la novela hacia el experimento técnico. Hoy pretendo subrayar otras dos notas que definen la orientación de este proceso: la elusión del sentimiento, por una parte, y la intelectualización del creador — no del género — evidenciada en la invasión progresiva de campos hasta ayer reservados al crítico y al teórico, por otra.

Respecto al primer punto resulta obvio que los sentimientos han sido desplazados de la novela moderna, seguramente por considerarlos un recurso fácil que recata un desprestigio para el género. Limitamos así su alcance, exclusivamente intelectual, siendo así que la novela, como toda obra de arte, no puede prescindir del corazón aun con todas las cortapisas que se quiera imponer a éste. La novela, a mi entender, debe estar tan lejos del álgebra como del melodrama. El equilibrio — no lo ignoro — es difícil. Empero, algunas corrientes novísimas se obstinan en reducir la novela a una lucubración exclusivamente cerebral. Tal actitud es consecuente con la marcha de las cosas: la ciencia devora a las humanidades; el tecnócrata se impone al político. Para el poeta — en su más amplio sentido — resulta

cada día más difícil encontrar un sitio en el mundo. Quizá por ello, el poeta que no se resigna a enmudecer — ¡y ay del mundo el día en que se le amordace del todo! — ha decidido hacerse técnico y en lugar de jugar con el tema, el paisaje o las pasiones, juega con las palabras, el tiempo o la construcción; se nos trasmuta, de pronto, en ingeniero de estructuras y de sonidos y desdeña los significados. (El «nouveau roman», por ejemplo, como comunicación, cada día dice menos; como construcción — a sabiendas de su oquedad — es infinitamente más valioso y meritorio que la novela de ayer.) El poeta, pues, renuncia a conmovernos y opta por asombrarnos; la obra es secundaria, lo esencial es su montaje.

Análoga dirección lleva la actitud del artista ante la obra. Precisamente en una época caracterizada por el signo de la especialización (los conocimientos y la actividad de las personas se concentran cada día en menos) es en arte en la única parcela donde se navega hoy contra corriente: el novelista no sólo debe saber hacer novelas, sino desentrañarlas y profesar sobre el género; el pintor, por su parte, debe saber formular sus argumentos en favor de la pintura abstracta o de la pintura figurativa. En-

tendámonos. El campo artístico del artista se ha reducido (el polifacetismo de Leonardo y aun la dispersión literaria de nuestro Unamuno; son hoy difícilmente comprensibles) pero, en cambio, el artista incorpora a su quehacer el quehacer específico del crítico y del estudioso. Antaño, el creador sabía poner un huevo pero ignoraba lo que era un huevo; ni siquiera se preocupaba de investigarlo. Hogaño, el artista aprende, en fuerza de leer y de pensar, lo que es un huevo pero se muestra cada vez más roncero a la hora de ponerlos. Así, se empacha de teoría y olvida la práctica. Nos hinchamos de petulancia mientras nuestra obra se ahíla. A los requerimientos del consumidor — que aspira a conocer en las fuentes cómo se cuece un libro o se pinta un cuadro — el artista no se ha hecho de rogar. En un próximo pasado, el artista esbozaba — cuando las esbozaba — sus ideas estéticas en cuatro cuartillas en tanto sus obras se multiplicaban; en la actualidad, ocupan mayor extensión nuestras ideas estéticas que nuestras obras, esto es, abulta más el mazo de cuartillas donde anotamos nuestras ideas que aquel donde las aplicamos.

De aquí deducimos que el artista se está haciendo hoy sobrado intelectual, siquiera tengamos que admitir que el arte gravita siempre dentro del orden de la inteligencia. Acontece, en suma, que las fórmulas de la novela — y las del arte en general — se han multiplicado y los novelistas nos hemos metido a políticos de la novela, de tal suerte que no sólo defendemos nuestros puntos de vista, sino que nos esforzamos por conseguir prosélitos.